

ÉLOI LECLERC

FRANCISCO DE ASÍS

UN HOMBRE NUEVO
PARA UNA SOCIEDAD NUEVA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2014

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín
Imágenes: tratamiento digital de frescos de Giotto

Tradujo Mercedes Huarte Luxán
sobre el original francés *Saint François d'Assise. Le retour à l'Évangile*

© Desclée de Brouwer, Paris 1998

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006

C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1883-0

Depósito legal: S. 599-2014

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Cronología de la vida de Francisco de Asís</i>	13
1. Un cambio de sociedad	19
2. Un joven de su tiempo	39
3. Visitado por el Espíritu	49
4. La Iglesia en un callejón sin salida	65
5. El evangelio reencontrado	75
6. Una explosión de fraternidad	83
7. Un pobre que canta	97
8. Vino nuevo en odres viejos	109
9. En la encrucijada	119
10. La Regla y la vida	125
11. Soledad	131
12. La hermana Clara	139
13. Navidad	149
14. El monte Alverna	157
15. El último canto	167
<i>Epílogo. El encuentro del evangelio con la historia</i>	177
<i>Bibliografía esencial</i>	187

PRÓLOGO

A pesar de los siglos transcurridos, la figura del Pobre de Asís todavía rebosa vida por los cuatro costados y goza de un enorme atractivo, una fascinación no sólo sobre los cristianos de cualquier confesión, sino también sobre personas que no comparten ni nuestra fe ni nuestra cultura. Es como si alrededor de su figura operara un encantamiento que hiciera desaparecer las diferencias.

¿De dónde proviene esta fuerza seductora? ¿Cómo explicar esa irradiación que no conoce fronteras? Nos viene a la mente de manera espontánea la cuestión que el hermano Masseo planteaba ya a Francisco: «¿Por qué todo el mundo corre detrás de ti? No eres guapo, ni sabio, ni noble...». Sí, ¿por qué?

Francisco de Asís fue, en el siglo XIII, el hombre de la vuelta al evangelio, aquel que rompió con el sistema político-religioso de su tiempo, el sistema de los señoríos eclesiásticos y las guerras santas, y retornó al evangelio de la pobreza, de la fraternidad y de la paz. Aquí reside sin duda su enorme mérito. Pero ¿basta esto para explicar la atracción que ha continuado ejerciendo sobre las personas más diversas, incluso no creyentes?

Al escribir sobre san Francisco, el P. Lippert hace esta importante observación: «El esplendor del hombre y la tragedia del hombre han debido de encontrar en él a un intérprete privilegiado»¹. Vislumbramos aquí un aspecto esencial. En efecto, el Poverello de Asís fue, en el sentido pleno de la palabra, un revelador de humanidad. Fue para los hombres del siglo XIII y lo sigue

1. P. Lippert, *La Bonté*, Paris 1946, 106.

siendo para nosotros «como una flor abierta prematuramente», que permite ver el esplendor oculto de una humanidad que aspira a despuntar en cada uno de nosotros.

Para comprender cabalmente a Francisco hace falta, sin duda, ensamblar estos dos aspectos de su personalidad: el hombre del retorno al evangelio y el suscitador de humanidad. Ambas dimensiones se encuentran íntimamente unidas en él. Esta es la razón por la cual la renovación evangélica llevada a cabo por Francisco fue algo completamente distinto a un mero asunto de secta o grupo cerrado. Le abría a todo hombre un futuro nuevo, le conducía hacia un horizonte humano más amplio que la cristiandad: hacia una fraternidad universal, a la vez entrañable y cósmica. Francisco fue una de esas personas para quienes el evangelio vuelve a ser de pronto «buena noticia» para todos, palabra fundadora de humanidad.

Todo esto se produjo porque Francisco redescubrió el evangelio en los caminos de la historia de los hombres. Es necesario renunciar a la imagen simplista de un san Francisco que descubre su vocación en la lectura ingenua e intemporal del evangelio. Esa lectura la hizo un hombre que encerraba dentro de sí la efervescencia de su época y que era arrastrado por la marea de humanidad que subía de las profundidades de la sociedad. Francisco leyó el evangelio con ojos nuevos, a la luz de las grandes cuestiones de su tiempo. Y sin embargo, esta lectura del evangelio le permitió liberar a dichas cuestiones de su ganga y desarrollarlas a partir de una visión más completa del ser humano y de su destino.

Lo que otorga a la experiencia evangélica franciscana su verdadera dimensión y su potencia seductora es justamente este encuentro entre el evangelio y las aspiraciones profundas de los hombres, entre el mensaje de Jesús y las fuerzas creadoras de la historia. No es que Francisco haya buscado lo más mínimo adaptar el evangelio a su tiempo. La realidad es a la vez más sencilla y más profunda. El evangelio se hizo luz y vida en este hombre, porque encontró en sus páginas todas las fuerzas que en él habi-

taban y que eran también las propias de su tiempo. Y fue en el corazón mismo de Francisco, y de una manera vital, donde se operó el maravilloso encuentro.

Paul Sabatier tiene razón cuando escribe: «Por un inefable misterio, él (Francisco) sentía que era el Hombre de su tiempo, aquel en cuyo seno se resumían los esfuerzos, los deseos, las aspiraciones de los pueblos; con él y en él, la humanidad deseaba renovarse: con palabras del evangelio, nacer de nuevo... Sí, Francisco ha experimentado el incesante trabajo de transformación que se realizaba en el seno de la humanidad en camino hacia su destino divino»².

Más aún, como el propio Francisco entró en ese trabajo de transformación al lado de los más humildes y pobres, pudo descubrir un rostro de Dios muy diferente al del poder secular de Iglesia y de sus acciones militares con fines seudorreligiosos. Dios dejó de ser para él una trascendencia exterior y dominadora, un señor a la manera feudal, para hacérsele misteriosamente presente en nuestra historia, despojado de todo signo de poder, ligado a lo más débil y pequeño que hay en el mundo de los hombres. Francisco encontró la humildad de Dios, la humanidad de Dios, no sólo como objeto de devoción, sino también como un principio nuevo de sociedad. Comprendió que el reconocimiento del Dios del evangelio no puede acomodarse a cualquier organización colectiva, sino que resulta inseparable de la transformación de nuestras relaciones humanas; un reconocimiento ligado a la búsqueda y a la creación de una verdadera fraternidad, que es hermandad abierta a todos. El Dios del evangelio se eleva sobre los hombres allí donde ya no existen dominadores ni dominados, allí donde nadie es excluido. El alba de toda verdadera fraternidad es también su aurora.

Esta historia del Pobre de Asís es más maravillosa que las numerosas leyendas que florecieron a su alrededor y que con fre-

2. P. Sabatier, *Vie de saint François d'Assise*, Paris 1931, 379 (versión cast.: *Francisco de Asís* [1931], Valencia ³1994).

cuencia le desfiguraron. Te invito, amigo lector, a descubrirla. No es una biografía propiamente dicha lo que presento en este ensayo, sino más bien un acercamiento a la experiencia evangélica de Francisco a la luz de la historia. He intentado comprender esta experiencia inmerso en un ritmo vertiginoso. Mi intención ha sido poner de relieve el encuentro del evangelio con la historia de los hombres. Encuentro que, a mi entender, continúa siendo esclarecedor para nosotros en la actualidad.

El tema bullía en mi cabeza desde hacía tiempo. Pero fue en el año 1974, al exponerlo en público por vez primera en dos conferencias pronunciadas en Metz bajo el título: «Un maravilloso encuentro del evangelio y la vida», cuando comprendí que requería un desarrollo más amplio. Estas páginas son fruto de aquella exigencia de profundización.

Pensado despacio y escrito más despacio aún, este libro no se dirige al lector impaciente y ávido de recetas, sino a aquel que acepta caminar lentamente y descubrir el entorno humano, económico, social y político en el que se enraíza la experiencia espiritual de Francisco. Los especialistas en historia de la Edad Media nos han enseñado a conocer mejor su entorno, y ya no podemos ignorarlo. De hecho, no se limita a ser un decorado, un marco o incluso un simple condicionante. Por las aspiraciones profundas que lo conforman, por sus solicitudes y valores, es un componente de la historia franciscana. Esa historia que, tanto en su originalidad como en su universalidad, no pudo nacer más que del encuentro del evangelio con la historia de los hombres.

Tan sólo me resta dar las gracias a cuantos me han ayudado en este trabajo con sus obras y sus consejos. «Un libro tiene siempre muchos autores», escribe Paul Sabatier. A todos ellos quiero expresar aquí mi gratitud y mi amistad.